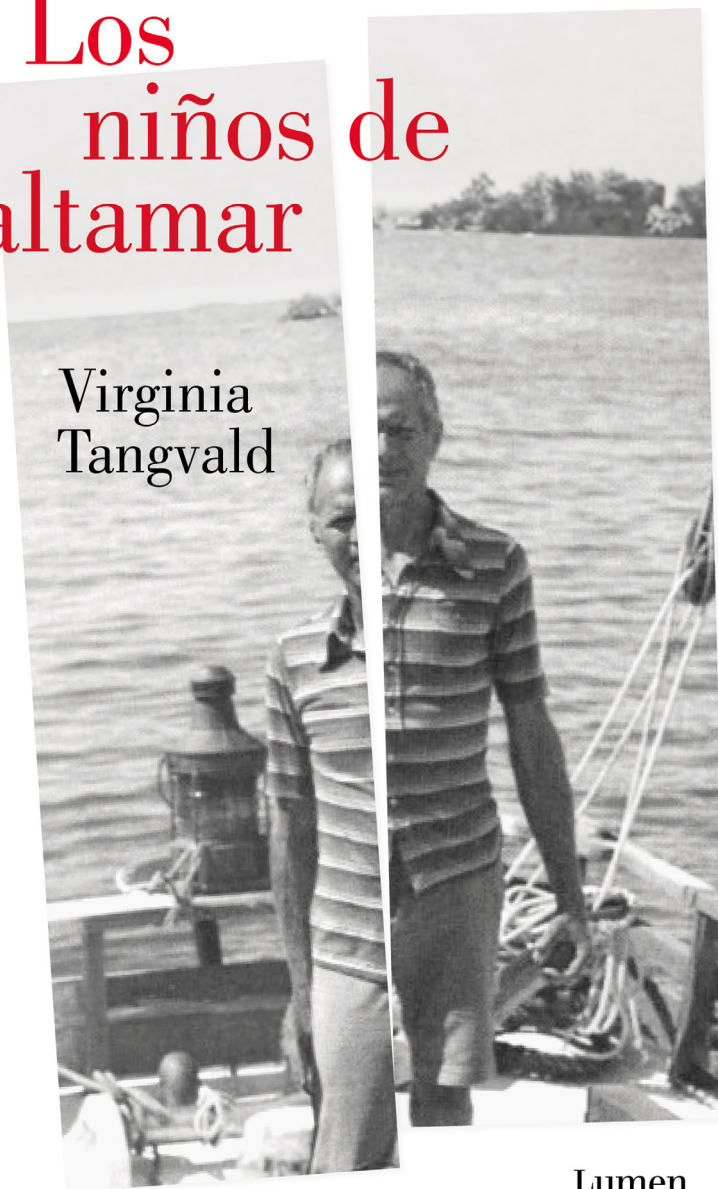




## Guía de lectura

# Los niños de altamar

Virginia  
Tangvald



Lumen

Penguin **Club de lectura**

## SINOPSIS

Virginia no conoció a su padre, Peter Tangvald, más que por los libros y reportajes que protagonizó. El legendario aventurero noruego pasó su vida a bordo del velero que construyó, desafiando los elementos y las convenciones. Casado siete veces, perdió a dos de sus esposas en misteriosas circunstancias, antes de naufragar con su hija Carmen, de ocho años, en las Antillas en 1991. Único superviviente de la tragedia, su hijo Thomas adoptó el mismo estilo de vida errante hasta desaparecer a su vez en el mar. La autora también nació a bordo de aquel barco, sin recuerdos de ese padre carismático y peligroso, del que su madre huyó cuando Virginia era apenas un bebé. Obsesionada por descubrir quién era ese hombre al que apo-

daron «Barba Azul de los mares», inicia una investigación para tratar de reunir las piezas de una historia de libertad sin límites.

En la línea de sus predecesoras Delphine de Vigan o Vanessa Springora, «el primer libro de Virginia Tangvald es —según *Le Monde*— de los que te salpican la cara, te zarandean, te revuelven y te dejan boquiabierto. Está en la confluencia de tres géneros —el relato de naufragio, el cuento y la investigación familiar— que juntos le confieren una fuerza inaudita. Los naufragios y sus escasos supervivientes han sido siempre una poderosa fuente narrativa desde Boccaccio hasta Herman Melville, Daniel Defoe, Jules Verne o Alessandro Baricco».

## LA OBRA

El debut literario de Virginia Tangvald, publicado paralelamente a la película documental homónima dirigida por ella (cuyo estreno en el Festival Nouveau Cinéma de Montréal le valió el Premio del Público TV5 y que llegará a los cines en 2025), es un texto heterogéneo que ha marcado la *rentrée* literaria en Francia, objeto de admiración por parte de autores como Amélie Nothomb o Gaël Faye. Se trata de una inolvidable investigación familiar a medio camino entre el *memoir* literario, la novela de aventuras, la historia de iniciación o el thriller, donde el calado emocional de la búsqueda recuerda a obras como *Nada se opone a la noche* de Delphine de Vigan, *Una educación* de Tara Westover o investigaciones al estilo del *Limonov* de Carrère.

Esta asombrosa historia revela a su vez a una notable escritora, capaz de evocar la complejidad de las personalidades, el hechizo que apresa a toda una estirpe —cifrado en la libertad, la muerte— con un ritmo rápido e incisivo y un tono que, sin conceder nada a lo fantasioso, planea sobre la tragedia con la fuerza misteriosa de un presagio.

En 1991, unos niños corretean por la salvaje costa oriental de Bonaire cuando se topan con el cadáver vestido de azul de la niña Carmen, la que faltaba por encontrar. El de su padre, Petrer Tangvald, afamado marino cansado de dar vueltas al mundo, ha sido hallado tres días antes. Thomas ha de reconocer los cuerpos de su padre y su hermana mientras las autoridades de la isla, indecisas sobre quién debe hacerse cargo del único superviviente del naufragio, de quince años, se ponen en contacto con la embajada estadounidense: ¿sería posible concederle al chico un pasaporte americano? Thomas declara haber nacido en el Índico, su madre, nacida asimismo en altamar, está fallecida, al igual que la madre de Carmen. La última esposa de Peter Tangvald (quien responde también a los nombres de Per y Pierre) se encuentra en paradero desconocido con la hija pequeña de ambos. Peter Tangvald, nacido en Noruega, vivía a bordo de dos embarcaciones con sus dos hijos y tenía la ciudadanía estadounidense por haber residido en ese país en la década de los cincuenta.

Thomas, que iba en el segundo barco remolcado por su padre, se ha salvado lanzándose al mar en su tabla de windsurf al entender que este no alteraría el rumbo. Se dirigía inexorablemente hacia la barrera de coral. Lo último que escuchó del naufragio fueron los gritos de su hermana Carmen que, como él mismo en el pasado, iba encerrada en la cabina delantera del Artémis, el barco de Peter. Los lugareños plantean enseguida la hipótesis del suicidio. Nadie se explica qué otra cosa podría estar haciendo el experimentado navegante, que conocía la zona como la palma de su mano, en esa parte de la isla en plena noche, durante la temporada de ciclones.

Virginia se siente perdida. La fascinación que ejerce su familia ausente desde su más tierna infancia—esa «isla tropical» en su interior que vendría a sacarla del extrarradio de Toronto— se convierte en un desarraigo que la atraviesa de parte a parte. Acaso para deshacer la «maldición» del padre, que la acecha también en la figura de su pareja, el músico canadiense Jean Leloup (dos perseguidores de lo absoluto bajo la influencia de una pulsión de muerte), se lanza a una búsqueda que la lleva de Puerto Rico a Andorra, de la Guayana Francesa a París, a Marsella, a tratar con pescadores en ambientes pantanosos, periodistas que publicaban las historias de su padre en los setenta, marineros legendarios que navegaron a su lado, a leer cuadernos de bitácora, diarios, artículos de hemeroteca, expedientes policiales confidenciales... Y confor-

me más indaga, más inquietante se torna la vida de Peter Tangvald.

De una infancia marcada por un padre ambicioso que lo humillaba —el famoso aviador y esquiador Thor Tangvald— en la alta sociedad de Noruega y Francia a ingeniero en una fábrica en California después de la guerra, para cuando se hace definitivamente a la mar, Per ya ha estado casado tres veces y tiene hijos en su país natal. Durante la construcción del Artémis en Guayana, el barco donde nacerían Virginia y sus dos hermanos antes que ella, Per conoce a una jovencísima Lydia, su quinta esposa y madre de Thomas, que moriría asesinada por piratas en el mar de Joló, delante de su hijo de tres años. Poco después, Ann Ho, la directora de la guardería donde Per deja a Thomas en Malaca tras la muerte de su madre, se une a él los siguientes cinco años, durante los cuales nacerá Carmen, antes de morir a su vez al caer por la borda en una travesía por el Atlántico. La altamar es un desierto de nadie donde los cuerpos desaparecen sin dejar rastro.

¿Es Per un aventurero trágico o un coleccionista de mujeres? ¿Un poeta de lo absoluto o un navegante sin rumbo? Su ansia de libertad ya se ha cerrado sobre sí misma para cuando Florence, la madre de Virginia y última esposa de Peter, decide huir de él con su hija y sus veintidós años a cuestas, dejando atrás a Carmen y a Thomas, y a un paterfamilias sin un centavo que siempre impone su voluntad y navega peligrosamente hacia los arrecifes mortales de la isla de Bonaire.

## ALGUNOS TEMAS CLAVE

---

### LA LIBERTAD SIN LÍMITES Y LA PULSIÓN DE MUERTE

Es lo único que recuerda un anciano Edward Allcard, célebre marino y gran amigo de Peter, a quien eligió como padrino de Thomas (y que, junto a su mujer Clare, se hizo cargo del chiquillo tras el naufragio), de su vida en el mar: «la libertad». La misma pasión que brilla en el cuaderno de bitácora que encuentra Virginia en la habitación de adolescencia de Thomas, en casa de Clare y Edward en Andorra, que recoge la primera travesía transatlántica de su padre. Entonces, aún pensaba volver a trabajar a California. Pero decidió seguir, y pronto no hubo lugar al que volver.

Como si el sentimiento de libertad solo pudiera experimentarse a la contra —al marcharse, al oponerse, al dejarlo todo—, este se desvanece un tiempo después de que se desvanezcan las ataduras. Parece que el amarre es la condición de posibilidad de toda libertad humana, y quizá este sea el aprendizaje que anda buscando Virginia a lo largo de la novela: «me aposté conmigo misma que, si salía del desierto, si aceptaba la vida con todas sus limitaciones y toda su belleza, la libertad sería un pájaro que vendría a visitarme de vez en cuando».

Todos los que conocen a Peter las últimas décadas de su vida coinciden: es un hombre perdido; en el momento en que no hay nada a lo que oponerse, la liber-

tad del viaje se convierte en una ausencia de rumbo. Peter pasa de ser libre a ser un hombre sin rumbo. Acaso la libertad absoluta sea un espejismo que solo puede sobrevivir en el coqueteo con la muerte como negación última, como límite absoluto en ausencia de límites humanos. Acaso la libertad sin límites sea una quimera inhumana, que solo puede alimentarse a base de sacrificarlo todo.

Semejante narrativa solo funciona, por supuesto, cuando uno es el héroe de su propia vida, dueño y señor de su destino, al que todo a su alrededor ha de ser subyugado. «Un niño rico», dice la madre de Christina, la mujer de Thomas, sobre Per, «arrogante y egoísta». «Un poeta», dice su viejo amigo Yvon Le Corre, «un satélite de lo absoluto».

## LAS MUJERES DE TANGVALD

Yvon Le Corre, poeta, pintor y navegante, le cuenta a Virginia un detalle más sobre su padre: la propuesta que le hizo antes de partir de Francia rumbo al océano Índico de intercambiar mujeres. Per zarparía con la intrépida Karine, entonces pareja de su amigo, e Yvon se quedaría con Lydia, embarazada de Thomas como regalo. Algo que, por razones desconocidas, nunca llegó a proponerle a Karine —a Lydia, según parece, ni siquiera había que consultárselo.

Per y Lydia se habían conocido en la Guayana Francesa años antes cuando él construía el Artémis, mientras su cuarta esposa, Simonne, daba clases en un instituto. Lydia tenía quince años, él pasaba los cuarenta y necesitaba a alguien que le

ayudara a poner los remaches del barco. Mientras Simonne aguardaba pacientemente a que la aventura llegara a su fin, Peter sugirió a Lydia que abandonara a su familia para irse con él. Así lo hizo. Cuando, más tarde, tratara de volver con ellos, sería repudiada. La historia oficial sobre su romance —sin duda escandalosa, pero aparentemente de amor verdadero— no resistirá a la intensa investigación de Virginia.

Necesitado, según sus propias palabras, de una mujer que cuide a su descendencia, Per se casará con Ann Ho y, tras su muerte, con Florence. La madre de la autora, apenas mayor de edad, conoce a Per en la costa de Virginia mientras navega hacia el sur junto a su padre, también marino, y, embelesada por su aura de libertad, se escapa con él obedeciendo a un impulso. El mismo tipo de impulso que la llevará a huir unos años más tarde.

Parece que las mujeres caen una y otra vez presas del magnetismo de Peter Tangvald. Suelen ser mujeres muy jóvenes, inexpertas, que le siguen adonde vaya. Pero ellas también están haciendo su propio viaje, su propia vida y en algún momento se cansan. Es posible que Lydia intentara marcharse con su hijo poco antes de su muerte. Y está Florence, «la que se marchó», a la que Virginia dedica esta obra, por haberle dado «la vida dos veces». *Los niños de altamar* es también una oda a la pulsión de vida, a la supervivencia. Así como Florence desembarcó del Artémis para llamar a su madre y pedirle un vuelo de vuelta a Toronto, lo mismo hará Christina, la mujer de Thomas, para pedirle a la suya un vuelo

de vuelta a Puerto Rico para ella y sus dos hijos, cuando un Thomas cada vez más parecido a su padre, cada vez más cautivado por el canto de las sirenas, se acerque peligrosamente a su propio naufragio.

---

### LA FASCINACIÓN POR EL ORIGEN Y LA BÚSQUEDA DE LA IDENTIDAD

La extraordinaria vida de Thomas probablemente sea, pese a todo, la gran tragedia de esta obra. El nene angelical que nació apátrida en altamar, presencié el asesinato de su madre con tres años, creció solitario bajo el maltrato de una madrastra deprimida hasta su muerte y a la sombra de un padre duro y taciturno, rodeado de una familia rota y recompuesta varias veces hasta la rotura definitiva y el arrancamiento del mar por las montañas pirenaicas. Cuando Virginia cumple veinte años y va a visitar a su hermano por primera vez a San Juan de Puerto Rico, encuentra a una persona caótica, de una inteligencia iluminada, que le inspira al tiempo un amor y un terror profundos. Su doble.

Pero la cruz con la que tiene que cargar Thomas es muy pesada. Hechizado por la figura del padre, sigue sus pasos y vuelve muy joven a la vida en el mar. Su esposa Christina y él, cuyos hijos nacen

igualmente a bordo, soñarán con una vida arraigada en Brasil. Pero las cosas se tuercen cuando el Oasis, el viejo velero con el que Thomas pretende temerariamente evitar la aduana, pierde el lastre y queda encallado en un puerto perdido, en las mismas aguas de la Guayana donde los padres de Thomas construyeron el barco en el que él nació. Thomas zarpa un día a ninguna parte, sin dar noticias a su familia, y desaparece en el mar sin dejar rastro.

Origen, arraigo e identidad son cuestiones en torno a las que pivota toda la obra. Si la fascinación por la muerte y la libertad se traspasan de generación en generación en esta familia de locos, es porque hay también una fascinación por el origen. Esto, por supuesto, es cierto en el caso de Virginia y supone el motor de la novela, pero lo es también, en especial, en el caso de Thomas. Entre los iguales —los hermanos—, Carmen se lleva la peor parte: muerta a los ocho años, apenas un detalle hermoso se conoce de ella por los lugareños de la isla de Bonaire, que sirve a Virginia para dedicarle también a ella la novela: «A mi hermana Carmen, la niña que bailaba en la cubierta». Thomas se salva, pero no es él quien sobrevive. No podrá evitar sucumbir a la maldición familiar. Quien sobrevive es Virginia. Es ella quien, tras años al borde del abismo, conseguirá zafarse del hechizo.



## EXTRACTOS

---

### EL NAUFRAGIO

*Isla de Bonaire, costa oriental,  
julio de 1991*

Un cangrejo azul, viscoso y reluciente, plantado en las rocas. Los niños lo han visto, se acercan despacio. Son tres. El coral hiere como un puñal. Basta con rozarlo para que la carne sangre. Procuran no cortarse. El coral murió hace tiempo; esqueletos blancos y quebradizos que estiran sus brazos hacia el cielo como si no supieran que están muertos. Crujen bajo los pies infantiles, sus añicos se desparra-man con un tintineo de campanilla. El cangrejo echa a correr y desaparece entre las grietas.

Las risas de los niños se confunden con el viento. Tienen la piel pegajosa y los labios salados. Entre cada ola que rompe

en el litoral, la bruma queda suspendida en el aire, inmóvil y chispeante al sol. El viento es tan constante que no son conscientes del calor. Si no tienen cuidado, acabarán aturridos.

Los alisios, cálidos y cargados de sal, llegan de lejos. Se oye su fragor en mar abierto igual que un enjambre inquietante. Han atravesado el Atlántico y desembocan en la isla en un flujo continuo y poderoso. Devoran todo a su paso. Los niños gritan para hacerse oír, pero el viento se lo lleva todo consigo, sus palabras y hasta sus pensamientos.

Han ido a perderse por la costa oriental de la isla, salvaje y hostil. En ella, los árboles solo sobreviven reptando. El litoral está sembrado de desechos traídos por la marea: hay varados tapones de botellas, zapatos, maderos flotantes, baratijas.



La línea costera es tan llana que de noche se confunde con el océano. Muchos barcos naufragaron antes de que se construyera el faro. Cuenta una leyenda que las sirenas atraían a las embarcaciones hacia estas aguas traicioneras para que los habitantes de la isla pudieran subsistir saqueando los pecios despanzurrados en la playa.

Los cangrejos han desaparecido. Los niños siguen su camino dando puntapiés a los objetos desperdigados. De pronto, un blanco resplandor en el agua cristalina; hay una silueta atrapada en los arrecifes. Acuden corriendo. El océano les trae algo. Un vestido azul empolvado con volantes se deja zarandear sin oponer resistencia. Un cuerpo que flota. Un cuerpo menudo de una blancura radiante, salpicado de musgo verde. Ya no tiene cabello. Ya no tiene cara. Los niños echan a correr despavoridos. Es el cadáver de mi hermana Carmen. (pp. 9-10)

La historia del naufragio y del joven huérfano que sobrevivió circuló rápidamente por toda la isla y consternó a sus habitantes. A diario bordeaban la costa por decenas con la esperanza de reunir lo que había quedado del Artémis para restituírselo a Thomas cuando saliera del hospital.

La gente se preguntaba qué andaban haciendo en aquella parte de la isla en temporada de ciclones. El accidente era inexplicable. Peter conocía bien la zona. La había navegado a menudo. Algunos recordaban a aquella familia nómada que echaba el ancla siempre a lo lejos. Habían dado la vuelta al mundo varias veces hasta el día en que este se cerró sobre ellos. Ya no había más tierras nuevas por descu-

brir. Ya solo les quedaba vagar de puerto en puerto. El padre era taciturno. Se acercaba al muelle en un bote de remos para hacer acopio de provisiones y pasar por la oficina de correos y se marchaba enseguida. Los lugareños se acordaban sobre todo de la niña, Carmen, cuya frágil silueta veían bailar en la cubierta. (p. 14)

Thomas toma la delantera. En la playa deja de ser el niño celeste que ella ha visto en un primer momento. Se mueve igual que un perro de caza nervioso al olfatear una presa. Sabe exactamente adónde ir. Las rocas calizas se desintegran como tiza bajo sus pasos. No presta atención a las carcasas nacaradas de asnos salvajes, purificadas por el sol y las aves carroñeras, que salpican la extensión que separa la carretera del océano. Las olas se vuelven ensordecedoras a medida que avanzan. El mar, movido por una fuerza ineluctable, rompe en un arrecife en una secuencia sin fin, furioso y espumeante, parecido a la noche del naufragio, hipnótico, repetitivo como una canción de cuna.

Thomas encuentra el pecio, del que solo quedan astillas de madera dispersas flotando en los profundos y relucientes cráteres de coral. Recoge unas cuantas y las examina en las palmas de las manos antes de lanzarlas al aire. Continúa mostrándose terriblemente tranquilo. (p. 17)

---

## EL DESARRAIGO DE VIRGINIA

Mi madre lo abandonó obedeciendo a un impulso, sin previo aviso, en Puerto Rico, cuando yo tenía dos años. Llamó a su madre desde una cabina de teléfonos

para pedirle que le comprara un billete de avión y subió al primer vuelo a Toronto para reunirse con ella. Ya estaba lejos cuando mi padre entendió que se había marchado. A ella no le gustaba esa ciudad. Decía una y otra vez que pronto nos iríamos, en cuanto averiguase dónde le gustaría vivir y qué hacer con su vida. Tenía veintidós años.

Un día, las cartas dejaron de llegar.

Una noche me llevó a un restaurante de paredes tapizadas de terciopelo rojo. Observaba hasta el último de mis gestos tratando de adivinar qué me complacería, ofreciéndome beber leche o limonada. Me escudriñó largo rato, como si descubriera mi rostro a la vez que se preparaba para romper mi pequeño corazón.

—Tengo que contarte una cosa, y no es fácil —arrancó con voz muy dulce—. Lo siento mucho, vida mía, el barco ha naufragado. Tu padre y Carmen han muerto.

No sé qué mirada imploraba más a la otra en aquel momento suspendido entre la negación y la consternación. Me pareció que entre el mundo y yo caía un velo. Que por primera vez, en aquel restaurante en un semisótano de decoración recargada, lo veía tal como era. Habían muerto el año anterior, añadió mi madre. Una amiga se había enterado leyendo un artículo publicado en una revista de vela, entre una receta de flan al ron y un anuncio de barras de labios.

Hasta entonces siempre había existido dentro de mí un lugar, como una isla tropical, donde el resto de mi familia me esperaba y el viento era siempre cálido. Un espacio que me dejaba imaginar que

solo estaba de paso en el extrarradio de Toronto. (pp. 18-19)

Era la clase de piso que parecía haber estado habitado por la misma familia desde hacía generaciones. Amplio, todo pintado de rosa, con libros por todas partes, muebles antiguos y recuerdos de viajes. El suelo estaba cubierto de alfombras persas superpuestas. Envidiaba aquella herencia. Un piso que era de Kathleen, una casa propia que nunca perdería, a la que siempre podría volver y recibir en ella a sus nietos. Donde estaba rodeada del recuerdo de la presencia de su padre y de su madre, de la sabiduría y la cultura que ellos le habían transmitido. De las experiencias que habían vivido juntos y cuyas reliquias se acumulaban en aquel espacio. (pp. 112-113)

Recuerdo que era fácil charlar con él, que todo parecía a la vez sagrado e infinitamente ligero. Antes de irse me preguntó si quería tener hijos y le respondí que no. Que quería ser libre. (p. 119)

Sus últimos bramidos resonaban aún por encima de la superficie aceitosa y lánguida de la rada cuando mi padre me sostuvo en el hueco de sus manos, en el hueco de su sueño sobre el agua. Allá donde es imposible echar raíces. Allá donde mi corazón sigue vagando igual que un fantasma. (p. 155)

---

## PETER

El artículo presenta el naufragio como el punto final a veintisiete años de epopeya

para aquel que recibía el sobrenombre de «el marino más triste del mundo», uno de los últimos supervivientes que encarnaron la «generación Ulises», una hornada de navegantes surgida tras la Segunda Guerra Mundial y compuesta por auténticos aventureros en busca de una experiencia individual profunda y dispuestos a poner en peligro su vida con tal de encontrarla [...].

La periodista que redacta el texto había coincidido varias veces con mi padre en Puerto Rico. Reconoce que era fácil entender por qué todas aquellas jóvenes se habían sentido atraídas por él. Con sesenta y cinco años era un hombre aún muy apuesto, con hechuras de vikingo nórdico: alto, delgado y muy atlético, de pelo rubio y ojos azul cielo. Sobre todo, aparentaba una confianza absoluta en sí mismo. Sin vanidad, una sencilla y total seguridad en su persona. (p. 21)

En una entrevista concedida al diario *L'Équipe*, que presenta a Thor como un «semidiós», el periodista le pregunta si su hijo, que está presente durante la conversación, practica ya el esquí. «Por supuesto, como todos los niños noruegos —responde él—. Pero nunca será campeón. No tiene esa disposición». (p. 66)

De vuelta en el piso saqué la maleta grande de Andorra que contenía todos los álbumes de fotos, las cartas, los artículos de prensa, y empecé a organizar todos los documentos que había desenterrado. Para gran desesperación de Jean, me enfrasqué en una especie de manía: colocaba las hojas en el suelo formando columnas, una para cada año. De pronto

ya no se trataba de historias flotantes sino de lugares, imágenes, fechas precisas. [...]

En sus relatos, las siete mujeres de mi padre hablaban de él siempre con el mismo optimismo, validando sus decisiones y encumbrándolo. Daba igual que tuvieran cincuenta años o dieciocho, que fueran originarias de Malasia, Marsella o Noruega. Yo tenía la esperanza de que, al desplegar todos los elementos por orden cronológico, sus voces surgieran de forma diferente. Esperaba que de esa manera se revelara otra historia. (p. 76)

—Aquel día mi padre recibió una carta de Pierre en la que explicaba que Thomas había nacido en el mar durante una tempestad. Titulamos aquella historia «El bebé del mar» y se vendió a las mil maravillas en el mundo entero. Nos proponíamos convertir a Thomas en un tema que podía durar años, ese niño rubito que vive en mares cálidos y da la vuelta al mundo. Una vida de ensueño. Pero no era más que un sueño.

Kathleen me observaba entre frase y frase. Sopesaba bien sus palabras. Se preguntaba qué pensaba yo de mi padre. Qué sabía sobre él. Qué podía permitirse o no contarme. Yo no colaboraba.

—¿Publicasteis muchos artículos sobre Thomas después de aquello?

—Nos enviaba textos de vez en cuando, pero al cabo de un tiempo tuvimos que decirle que costaba venderlos. Su vida cotidiana ya no tenía apenas interés. Era una rutina como cualquier otra. Hasta que murió Lydia. (pp. 114-115)

—[...] Se acercó a hablar conmigo estando yo en el muelle. Mi barco lo intrigaba

porque viajábamos de la misma manera, sin motor ni radio. Navegábamos de un modo tan antiguo como el mundo. Un hombre muy sensible, tu padre. Un poeta. Enseguida me di cuenta de que no era una persona ordinaria. Salía de la nada. Como tú, por cierto. Por obra de tu padre, posees un halo extraño. Queda algo que está ahí. Que no te pertenece y aun así emana de ti. [...] Había deseado tanto ser libre que solo en el momento en que lo consiguió se preguntó: «¿Libre para hacer qué?». ¡Y resultó que no tenía ni la más remota idea! Así era él, un satélite de lo absoluto. (pp. 122-123)

Lo más desconcertante era constatar hasta qué punto aquel hombre, que todo lo gobernaba con mano experta, estaba lleno de incertidumbres acerca de la continuación tanto de su travesía como de su propia vida. Navegaba entre Italia e Inglaterra, fondeando en Cagliari, Toulon, Vigo o Faro, ciudad donde nació Carmen al cabo de tres años de errancia. Quienes se lo encontraban de año en año coincidían en ver en él a un mismo hombre en los mismos puertos planteándose las mismas preguntas. No tenía ningún sitio al que ir. (p. 149)

Después de leerla, Karine escribió la que sería la última entrada de su diario dedicada a mi padre.

*¡Peter ha muerto! ¡Thomas está vivo! Ayer terminé At Any Cost, la autobiografía de Peter Tangvald. Ni rastro de sus hijos noruegos, que tenían vedado el contacto con él porque la cosa habría acabado mal. Ni rastro de su angustia para encontrarle una madre a Thomas tras la muerte*

*de Lydia, cuando me pidió que me fuera con él. Ni rastro de esa pupila del Estado a la que pidió matrimonio en Malasia. En su relato, Ann le cae del cielo. Ni rastro de ese intercambio de mujeres que le propuso a Yvon en Port Grimaud.*

*Odio a los hombres que escriben libros sobre ellos mismos y sus mujercitas. Conveniría localizar a la madre de esa tercera hija, Florence, la que se marchó. (pp. 150-151)*

El sueño de mi madre se marchitaba a la vez que mi padre se recluía en su mundo. Recordaba a esos viejos nobles cuyos castillos se desintegraban poco a poco después de la Revolución; ya no les quedaba nada para comer, pero se negaban a abandonar los escombros de la nobleza. Mi padre vivía sometido a sus propios grilletes, dictados por su personalísima noción de libertad. [...] Despreciaba la opinión de sus semejantes. Los mundos se habían reducido a la nada. Las esperanzas de libertad de mi madre se habían disuelto en un sueño extraño, una figura de juegos de sombras. Un sueño como un pacto con el diablo. Una bestia salvaje que había que alimentar sin cesar y que sabíamos que acabaría devorándonos. (p. 167)

---

## THOMAS

Fuimos hasta una construcción muy bonita de estilo colonial y entramos a través de la ventana de un apartamento grande que había en la planta de arriba. Una vez dentro no encendieron las luces, prefirieron moverse en la penumbra.

En el salón, Thomas me señaló un rincón para dormir en el suelo, como cuando éramos pequeños. Buscando un poco de luz, me senté en las baldosas azules del balcón, donde flotaba un perfume a azucenas, mientras él registraba la cocina en busca de algo para beber. Nos sirvió a cada uno un vaso de vodka a palo seco que me quemó la garganta. Estaba con los nervios a flor de piel, perdido en su propio torrente de palabras. Su conversación, que no iba a ninguna parte, me dejaba agotada. Me conformé con dirigirle una sonrisa triste. Le reprochaba a mi madre que hubiese abandonado a nuestro padre. «¡Una mujer ha de estar ahí pase lo que pase!», machacaba con convicción. No tenía sentido debatir con él mientras no se le pasara la borrachera.

De nuevo me abrazó, susurrándome que intuía en mi voz un miedo descomunal. No le faltaba razón. Yo vivía en un estado de constante pavor. Me sentía desnuda en medio de una llanura blanca, yerma y vacía, jalonada de pájaros muertos, una imagen que se me revelaba cada vez que tenía frío. Y tenía frío a menudo. Me daba miedo permanecer toda mi vida sin patria, sin raíces, sin identidad. Buscaba a alguien que por fin se pareciera un poco a mí y con quien me sintiera en casa, protegida y abrigada. [...]

La sospecha de una proximidad profunda entre nosotros, acompañada de una fascinación por lo funesto. Algo terrible e inconfesable me subió entonces por el cuerpo, un olor rancio a hierro y sangre combinado con la extraña sensación de que iba a morir en sus manos. (pp. 26-27)

Thomas estaba hecho polvo. Yo no le guardaba rencor por el accidente. En absoluto. Lo quería más aún. Lo entendía mejor de lo que él imaginaba. [...].

Al día siguiente salí a hacer unas compras y, con toda la pena de mi corazón, decidí no volver jamás. Yo quería vivir. (pp. 30-31)

Después de que Thomas sacara del agua el Oasis para calafatear las filtraciones del casco empezaron a circular rumores: que aquel muchacho navegaba a bordo de una tartana con una mujer embarazada y un niño de seis años encerrado en la cabina delantera. Se dirigían a Brasil, desafiando los vientos contrarios con tal de que el bebé naciera en sus aguas. Resurgieron las pesadillas que Garry reprimía desde hacía veinte años. Afloraron los recuerdos de aquel personaje, Peter Tangvald, al que había conocido en esas mismas islas veinte años antes, y que trataba de borrar de su memoria desde entonces. (p. 51)

A Jean le cayó mal mi hermano desde que me oyó hablar de él por primera vez cuando nos conocimos, seis años antes. Detestaba su aura, el misterio que lo rodeaba, su violencia latente y las tragedias que nos vinculaban de por vida. Fue nuestra primera pelea: escrutó su foto y declaró que era un hombre débil. Me dijo que cada cual tenía que cargar con su cruz; también Thomas, por más que la suya fuera particularmente pesada. Le contesté que mi hermano roto no me inspiraba otra cosa que no fuese amor. Un amor absoluto que cada día yo lanzaba hacia el cielo igual que un puñado de

confeti, con la esperanza de que cayera sobre él. (p. 56)

Con su desaparición se difuminó la viscosa sensación de miedo que Thomas me inspiraba y que me obligaba a mantener las distancias. [...] Muy a mi pesar, sigo esperando verlo aparecer. Bastaría con que se cortara el pelo para que nadie lo reconociera. En Puerto Rico me horrorizaron sus rastas larguísimas hasta los muslos. Me recordaban a colas de rata. Una especie de apéndice a su organismo, algo que salía de él pero se había vuelto ajeno y empezaba a tener vida propia. Un animal siniestro, sucio y feroz agazapado sobre sus hombros, clavándole las zarpas hasta los pensamientos. (pp. 85-86)

Una niñez confinada en su oscura cabina todas las noches mientras el padre salía a ligar. Donde con diez años contrajo un parásito y, para curarlo, Peter lo tuvo en ayunas siete días. Las cenas repartiéndose entre tres una cacerola de agua en el centro de la cual flotaba una zanahoria hervida; que fuera tan menudo se debía a que había sufrido desnutrición. Las súplicas a su padre para que se quedaran más tiempo en puerto cuando se enamoraba de alguna chica. Las mil veces que su corazón se había roto en pedazos. [...]

—¿Por qué quieres desenterrar el pasado de tu padre? Te voy a decir yo quién era: un niño rico que solo pensaba en sí mismo y que se comportaba como cualquier niño rico. Arrogante y egoísta. (p. 89)

—Recuerdo que me dijo: «Creo que será ella la superviviente».

Caviló un instante antes de añadir:

—Es curioso, hablaba de sí mismo como si ya estuviera muerto. No era libre. Iba siguiendo los pasos de su padre. No por nada recaló aquí, donde sus padres construyeron el barco en el que había nacido él. Intenté ayudarlo, de verdad, pero tu hermano no estaba bien. Arrastraba un drama, una maldición. Primero su madre, luego su madrastra, su padre, su hermana. ¿Sería él el siguiente? ¿Cuándo terminaría aquello? (p. 99)

Camino de Andorra, Thomas se sumió en un sueño profundo del que nadie lograba sacarlo. En el aeropuerto, Clare tuvo miedo de perder el vuelo a Barcelona: por más que gritó, lo roció con agua fría y zarandó su cuerpo inerte, mi hermano no se despertaba. Hubo que trasladarlo en brazos hasta su asiento.

Los años siguientes, entre Andorra e Inglaterra, Thomas volvería a hundirse a menudo en ese letargo irreprimible que duraba horas, incluso días. Se quedaba dormido con la cabeza apoyada en el plato en la cafetería de la universidad, en su bote mientras remaba, en la ducha. Lo encontraban aquí y allá, derregado en el suelo, en posición fetal o retorcido en posturas improbables. Como una marioneta a la que le hubiesen cortado los hilos. (p. 170)

---

## LA MUERTE

—El padre de Thomas..., vuestro padre, quiero decir..., era muy conocido aquí en la Guayana Francesa. No podemos seguir con la búsqueda.



Y colgó. Entendí lo que pretendía decir. No podían hacer nada por unas personas que se empeñaban en desafiar a la muerte sin cesar. (p. 57)

El año de la foto, Thor había sobrevivido contra todo pronóstico al accidente de una aeronave que él pilotaba. Había salido ileso salvo por unos pocos moratones y enseguida siguió volando. Me pregunté si la foto se la habrían hecho antes o después del incidente. Intenté leer en su mirada si coqueteaba ya con la muerte, tratando de batir récords de altitud, confiando su vida a los caprichos del viento. (p. 65)

### LA DESAPARICIÓN DE THOMAS

La última mañana de mi visita fui a la playa con Gaston. Nos sentamos en la orilla y peinamos la arena con los dedos en busca de conchas. Gaston me enseñó un guijarro: «¡Mira! Es mi padre. Esto es el pelo, esto los ojos y esto, la boca». Nunca me había atrevido a nombrar a Thomas delante de Gaston. Sin saber muy bien qué decir, le pregunté si creía que Thomas lo había dejado ahí para que él lo encontrase. [...]

Me contestó: «No, porque mi padre está muerto». Aquel niño de ocho años era el único que se enfrentaba a la muerte y la nombraba como tal.

Había tenido un sueño. Su padre venía a despedirse. Él, a su vez, escribió una carta de adiós que introdujo en una botella para echarla al mar. Pero en el momento de lanzarla, Christina entendió lo que estaba pasando. Una angustia en-

treverada de rabia se adueñó de ella y le confiscó la botella a su hijo. Con el tiempo, la duda abrió un surco en el corazón del niño, que otra vez empezó a esperar que su padre regresara. Los profesores de Gaston y Lucio exhortaban a Christina a que les anunciara el fallecimiento a los niños. (pp. 90-91)

### EL «MALDICIÓN» FAMILIAR Y LA BÚSQUEDA DE LA LIBERTAD

A la mañana siguiente, a las cinco, cuando me presenté en el puerto, Valdrici ya se había ido. Sondeé el horizonte largo rato plantada en el muelle, preguntándome qué pintaba yo en aquel lugar. ¿Por qué había querido remontar ese río en busca de un hombre perdido, un hombre que a su vez había remontado ese mismo río en busca de otro hombre? ¿Qué era aquel trance que me empujaba a seguirlo por detrás de la figura evanescente de mi hermano? Una hilera de sonámbulos que se dejan caer por un acantilado uno detrás de otro. ¿Qué era lo que me hipnotizaba a tal extremo? (p. 98)

La misma persona que tan a menudo yo había visto superada por la ira y la animosidad contra el mundo entero, repitiendo los mismos pensamientos oscuros durante horas, impermeable a la exasperación de su rehén, era capaz asimismo de formular las verdades más luminosas, la luz de un faro que te salvaría la vida. Jean se había peleado para siempre con la raza humana. Aquella tarde entendí lo mucho que se parecía a mi padre. Fiel para los restos a esa búsqueda del abso-



luto, a dondequiera que te lleve. Y yo caminaba siguiendo su estela, sin quererlo y sin saber por qué. El sueño que habíamos compartido se había marchitado. Yo ya no sentía ningún deseo de destrucción. Lo que en otros tiempos se me había antojado como libertad empezaba a parecerse mucho a una muerte lenta. (p. 177)

Hasta entonces nunca había querido ser madre porque valoraba demasiado mi libertad. Sin embargo, la palabra «libertad» había perdido todo su sentido. De

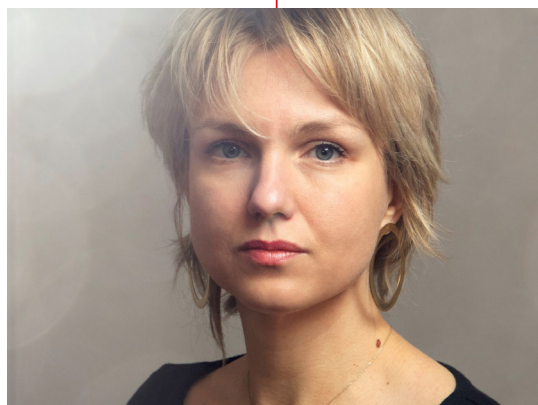
todos modos nunca podría retenerla entre mis manos, poseerla. Ahora la concebía únicamente como una sensación ilusoria y fugaz que dejaba un regusto a muerte en el paladar. Un monstruo eternamente hambriento al que debíamos sacrificarlo todo, para el que debíamos aislarnos del mundo y que se alimentaba de cuerpos infantiles. Me aposté conmigo misma que, si salía del desierto, si aceptaba la vida con todas sus limitaciones y toda su belleza, la libertad sería un pájaro que vendría a visitarme de vez en cuando. (p. 180)

## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. El trágico naufragio de los Tangvald que inaugura la novela parece inexplicable. ¿Qué hipótesis se barajan para justificar lo sucedido? ¿Qué intenciones podía tener Peter para sí mismo y, sobre todo, para sus dos hijos?
2. ¿Cómo se relaciona el naufragio con la partida de Florence y Virginia?
3. ¿Qué significan en la vida de Peter Tangvald sus diferentes esposas?
4. ¿Qué tipo de contrarrelato puede extraerse de la vida de esas mujeres?
5. La autobiografía de Peter Tangvald se titula *At Any Cost*, y es un buen indicio de lo que significaba su viaje y su libertad para él. ¿Podrías comentar los diferentes conceptos de libertad que aparecen en la obra?
6. ¿Qué papel juega el arraigo para Virginia?
7. Virginia ama profundamente a Thomas, pero, nada más conocerlo, decide alejarse porque «quiere vivir». Sin embargo, es el único de sus tres naufragos al que, como se revela al final de la obra, todavía no está preparada para dejar ir. ¿Por qué?
8. ¿Cómo son los sentimientos que tienen los hermanos entre sí?
9. Virginia y su hermano están fascinados por sus antepasados, en particular por la figura de su padre. ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver la pérdida, la ausencia, en ello?

10. La fascinación por la muerte está presente en casi todos los personajes de la obra y acaso esté relacionada con esa fascinación por el propio origen. ¿Cómo se articula en los diferentes personajes?
11. ¿Qué tipo de viaje personal hace Virginia a lo largo de la novela? ¿Dónde situaríais el punto de inflexión de ese viaje?
12. ¿Qué papel juega Jean Leloup en la historia de Virginia?
13. Cuando llega a París, Virginia comienza a sentirse diferente. ¿Qué papel juega la ciudad en su transformación? ¿En qué medida está ligado a Youssef?
14. ¿Qué significa Youssef en el viaje de Virginia? ¿Por qué es tan importante? ¿Y Orphée?
15. Peter Tangvald es casi un personaje de cuento, del que nada sabemos directamente excepto por la investigación de Virginia. ¿Creéis que una investigación como esta puede dar cuenta de quién fue una persona, hacerle justicia?
16. El estilo de Virginia Tangvald es rápido y afilado, con momentos de un lirismo circunspecto. ¿Qué opináis del estilo? ¿Cómo contribuye al contenido de la obra?
17. ¿Con qué otras obras, literarias o no, relacionaríais la novela?
18. Sería interesante hacer un visionado del documental homónimo de la autora. En caso de que fuera posible, ¿os parece que aporte algo al texto y viceversa?

## LA AUTORA



© Patrice Normand

Nacida en altamar en 1986, **VIRGINIA TANGVALD** creció en Canadá y hoy vive en París. Su primera novela, *Los niños de altamar* (Lumen, 2025), aclamada por la crítica y los lectores, ha sido galardonada con el Prix révélation d'automne SGDL y nominada al Grand Prix des Lectrices de *Elle*, al Prix du Roman Version Femi-

na, al Prix des écrivains de marine, al Prix du temps retrouvé, al Prix Jules Rimet y al Prix Stanislas. Tangvald ha dirigido un documental homónimo que se estrenó en el Festival Nouveau Cinéma de Montreal, donde ganó el Premio del Público TV5 a la mejor película francófona. Está trabajando en una segunda novela.

Lumen

## LA CRÍTICA HA DICHO

«Me ha dejado una gran huella, me ha conmovido mucho, lo he leído de un tirón. [...] Bravo. Es un grandísimo libro. Gracias por la valentía».  
Gaël Faye

«La he leído con los ojos como platos».  
Amélie Nothomb, *La Grande Librairie* (France TV)

«Les aseguro que la deslumbrante y abrasadora escena inaugural inundará su retina para siempre y dejará huella. [...] Uno pasa por momentos de pavor, compasión, empatía y estupefacción, suspira y al final respira aliviado. [...] Es inolvidable».  
Anne-Marie Revol, *France Info*

«Una primera novela cautivadora».  
*L'Équipe*

«Un debut alucinante. [...] Con una delicadeza extrema, pocas palabras y menos comentarios aún, esta joven autora nos hidrocuta».  
*La Tribune Dimanche*

«Un relato escalofriante, poético y sanador. [...] Una hermosa, muy hermosa, escritura».  
Christophe Airaud, *France Info*

«Nos ha dejado atónitos. La autora se lanza tras las huellas de su padre, el legendario navegador Peter Tangvald, y hace surgir a su alrededor tantos misterios como tragedias. En su libro intenta reparar los silencios, liberarse de los fantasmas y burlar su destino. Es una historia extraordinaria».  
Augustin Trapenard, *La Grande Librairie* (France TV)

«Una primera novela de la que van a oír hablar mucho. [...] Una historia bella y vertiginosa, [...] totalmente increíble». Olivia de Lamberterie, *Télématin*

«En un lenguaje bello y sin florituras, la joven cuenta sus demonios, las heridas todavía abiertas, las preguntas sin respuesta, su camino para construirse a sí misma y conjurar el destino. [...] Cautivador». *Le Parisien*

«Marino aventurero famoso por sus vueltas al mundo en solitario, Peter Tangvald no sobrevivió a un naufragio en 1991. Su pareja y la hija pequeña de ambos habían huido de él varios años antes... Hoy,

Virginia Tangvald investiga esta figura paterna y su prisma familiar, a través de varios océanos y continentes. El resultado es una historia novelada muy visual». Sophie Rosemont, *Vogue*

«Nos embarcamos con ella en una loca búsqueda tras las huellas de un navegante que hizo del mar su único horizonte; compartimos la lucha de esta muchacha decidida a poner palabras a su filiación. Un libro sobrecogedor que explora las peligrosas ilusiones de la libertad. A fuerza de blandirla indiscriminadamente como escudo, la libertad ya no es un ideal, sino una maldición». Léonard Desbrières, *L'Éclaireur Fnac*

